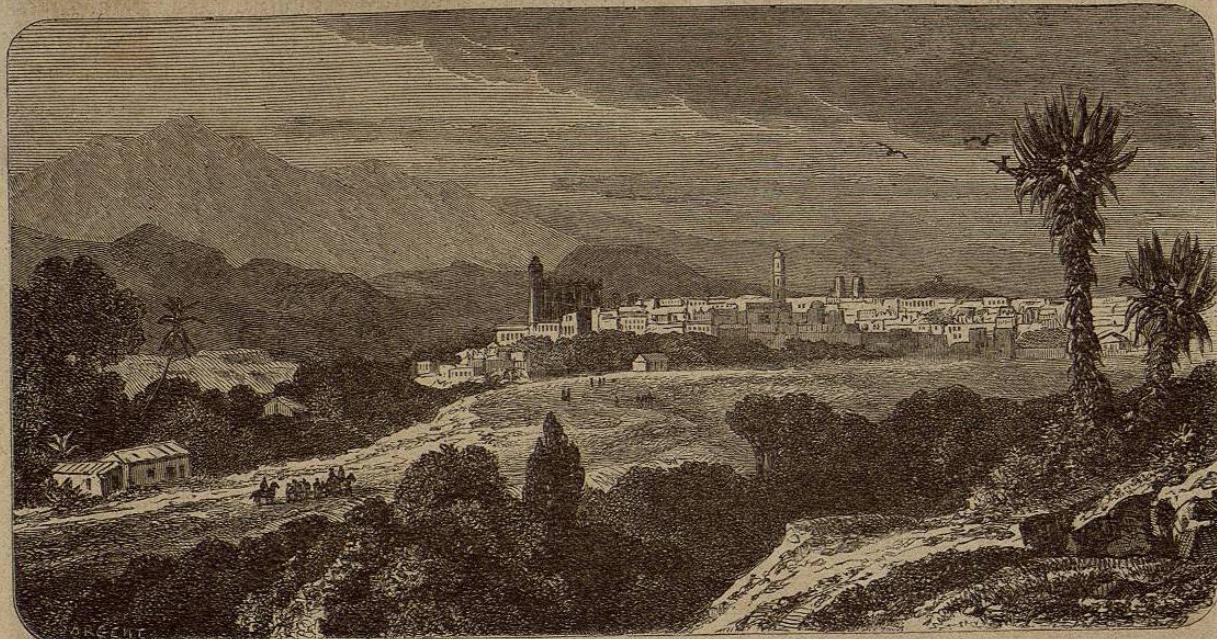


vilegios religiosos, y muy luego aventajó á la anti-
gua. El santuario de Nuestra Señora de los Reme-
los reemplazó al de Quetzalcoatl : en la pirámide de

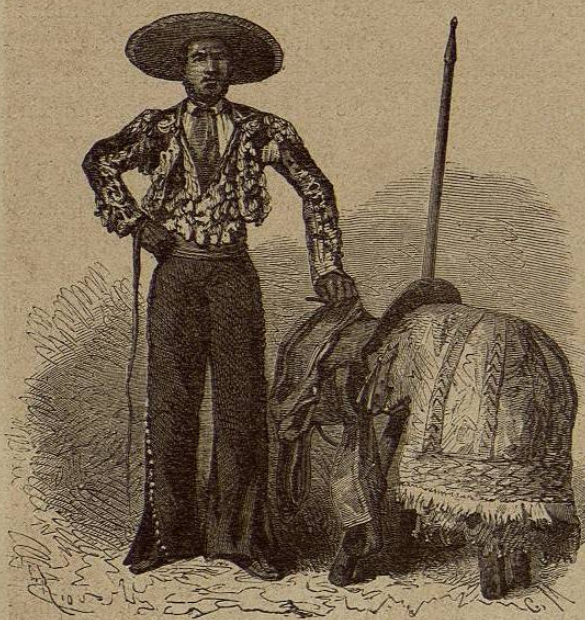
Cholula se combatia la fe por la fe, el milagro por
el milagro. La catedral de Puebla se estaba edifi-
cando; los ángeles, dice la tradicion, trabajaban en



Vista de Jalapa.

ella continuando por la noche la obra que los pobres
mortales preparaban durante el dia : de aquí su nom-
bre de *Puebla de los Angeles*.

Un gran número de iglesias y conventos de am-
bos sexos se edificaron en torno del templo milagroso:
los fieles acudieron en tropel con las manos llenas de



Picador mejicano.



Canastillero.

ofrendas y el corazon de fe. Conservóse así en su pri-
mitiva pureza aquella fe que enriquecia la iglesia y
hacia de toda la ciudad una propiedad de corporacio-
nes religiosas. Puebla vino á ser la rival de la Meca.

El extranjero, cualquiera que fuese su religion, es-
taba allí en peligro. Ahora los tiempos han cambiado
mucho, y el extranjero está seguro en Puebla. Con
todo eso, es prudente que recuerde el proverbio de



Fiesta nocturna en Tierra Caliente.

los antiguos: «No se debe decir mal de los lobos en Lycopolis.»

La ciudad es bella y disputa el segundo lugar á Guadalajara. Un centenar de cúpulas ó campanarios domina magestuosamente las azoteas en un mosaico de construcciones particulares. Sus calles son anchas, rectas, limpias, cuidadosamente empedradas con guijarros redondos, dispuestos simétricamente, y flanqueadas de buenas aceras. Las casas son altas y bien construidas; muchas fachadas, así de habitaciones particulares, como de monumentos públicos ó religiosos, están adornadas con azulejos.

En Puebla se fabrican muchos objetos de barro, así como cristal y jabón. La población de la ciudad es de unas 70,000 almas.

Mi primer cuidado fue informarme respecto del coche de Jalapa y supe que no partía hasta el lunes siguiente. En su consecuencia, fuí á tomar un asiento de diligencia, maldiciendo la hora en que vendí mi caballo. Dado este paso, me dirigí á la catedral.

Este templo ocupa uno de los lados de la plaza Mayor en frente de la *casa de cabildo*; á derecha é izquierda hay unos portales con muy buenos almacenes. Sin disputa es un bello edificio; pero estaba aun muy cerca de Méjico, para que mi admiración no fuera reservada. Una plataforma de 2 ó 3 metros de elevación le sirve de basamento. El interior ostenta una riqueza fabulosa. La obra desaparece bajo un revestimiento de mármol de varios colores; sus numerosas capillas laterales ofrecen lujo extraordinario, lujo que, sin embargo, se eclipsa ante el esplendor del altar mayor, en que los mármoles cincelados, el oro, la plata y el cobre forman un conjunto sorprendente, á cuyos detalles no presidió el buen gusto, en verdad, siempre.

El tabernáculo está cerrado con una hoja de *tecali*, bello carbonato de cal blanca y trasparente que Humboldt asimila al alabastro gipsoso conocido de los antiguos bajo el nombre de *phengite*, que es muy abundante en las cercanías de Puebla. En muchos de sus conventos se ven algunas ventanas cerradas con una sola lámina de este *tecali*, que deja pasar una tenue luz.

Mi visita á la catedral y un paseo por la ciudad me ocuparon hasta la hora de comer. Me habia comprometido formalmente á ir á comer á casa de mi compañero de viaje y le cumplí mi palabra, siendo recibido como un antiguo amigo por su numerosa familia.

El pobre sastre estaba tan contento por haber salido bien del camino, que se admiraba de que yo no le acompañara en sus impresiones. Todos me obsequiaron á porfía, intentando persuadirme de que debía establecerme en Puebla.

La comida fue sencilla: la hospitalidad mejicana

es pobre como los que la ejercen, pero á lo menos es franca: el puchero, el plato nacional de fréjoles y alguna vez un guiso de pato con pimiento *chile*: hé aquí la comida mejicana. En la mesa hay un solo vaso, pero de cabida de un par de litros, lleno siempre de agua. A veces se suprimen tambien los cubiertos. Cada cual lleva sus labios al vaso y lo vuelve á dejar en su sitio, ó bien lo pasa á su inmediato, lo que es una costumbre demasiado patriarcal. Por lo general, los mejicanos no beben sino despues de la comida.

Por la noche se agrandó nuestro círculo con algunos amigos: descolgáronse las guitarras y se cantaron algunos sencillos y dolientes romances. Se bailó tambien, pero al mismo aire y con la formalidad y buen juicio de quien ha bebido agua comiendo.

En las reuniones mejicanas se divierte la gente con mucha sensatez; estas naturalezas ardientes no conocen medio entre los escesos sin reserva y la reserva compasada, indispensable siempre que quieren conservar imperio sobre sí mismos.

Entre los medios que don José queria poner por obra para retenerme en Puebla, debía entrar en primera línea un casamiento, segun entendí: una cuñada suya, muchacha de unos diez y seis años y que se llamaba Pepita, fue conmigo el objeto de las atenciones generales: se me obligó á oír muchas veces su voz, que no era mala, y á hacerla cantar lo que habia de mas lánguido en su romancero; tambien se me obligó á bailar con ella, si no con la frecuencia que yo hubiera deseado, al menos mas de lo que hubiera podido yo, por buen parecer, si no se me hubiera invitado: todo esto era significativo. Por fin, pude sustraerme á este escollo matrimonial, que era en efecto seductor, y á las diez me despedí de aquella buena familia.

Si se quiere conocer á Méjico, en el pueblo es donde se ha de hacer el estudio, en ese pueblo tan bueno, á pesar de sus desgracias, tan ávido de saber á pesar de su ignorancia, tan lleno de savia, á pesar de su servidumbre, en ese pueblo en que se funda el porvenir del país. Al contrario, seria bueno desconfiar mucho de las altas clases, infima minoría en que la misma ignorancia está envuelta en una vanidad insostenible, de odio al progreso, y de un egoísmo, que las llevaria á vender al primer extranjero la patria y sus instituciones políticas, por asegurar sus odiosos privilegios y la impunidad de un pasado que pide venganza.

Volví luego al parador de las diligencias, donde esperaba pasar la noche. En efecto, me instalaron en un cómodo aposento, donde por la primera vez despues de veinte y cinco dias, tuve el gusto de acostarme en una buena cama y entre sábanas limpias.

A las tres de la mañana fue preciso dejar estas dulzuras, para tomar el chocolate, comprendido en el coste de la habitación y subir al coche.

Las diligencias mejicanas en nada se parecen á las nuestras. Hechas en los Estados-Unidos, están por el modelo de los stages ingleses y americanos. Son grandes cofres redondos, pintados de vivos colores, suspendidos entre cuatro ruedas encarnadas y de una solidez admirable.

Los equipajes se acumulan por detrás, en el sitio en que van los lacayos en otros carruajes. En el imperial hay tres asientos; en el interior nueve en tres bancos. Los viajeros á quienes el número de inscripción asigna el sitio de en medio (yo estaba en este caso), tienen la ventaja de hallarse mas cerca de las puertas; pero tienen el disgusto de ir muy estrechos y sin mas apoyo que una correa: en una palabra, van con mucha incomodidad.

Seis buenos caballos, muy bien enjanzados, conducidos por un hábil y audaz mayoral, un *yankee* por lo comun, tiran del coche fácilmente en medio de una nube de polvo y al través de los caminos que ponen á prueba la elasticidad de los resortes.

Somos ocho viajeros: un inglés, un americano, dos mejicanos y cuatro franceses. Uno de los mejicanos no hablaba una palabra; el otro se expresaba en francés y no hablaba mas que de París, donde habia vivido mucho tiempo. Eramos, pues, todos extranjeros, en cierto modo, y yo no era ya de Méjico, país que desde entonces iba á entrever solamente por la ventanilla de un stage americano.

Atravesamos como en un ensueño, los pueblos de Amozoque y Acajete, la montaña del Pinal cubierta de pinabetes, los campos de maguey de Nopaluca, y la árida llanura donde se hallan los lugares de Ventillas y Vireyes, entre la venta del ojo de Agua y el pueblo de Tepeacoalco.

Cerca de Perote estas llanuras toman un aspecto mas triste: las habitaciones escasean tanto como los árboles. El aloe y la palma enana erizan algunos cerros de formación volcánica, y montañas desnudas, de severo contorno, forman un sombrío horizonte sobre el cual se destacan caprichosamente pálidas trombas de polvo, que parecen columnas de humo. A lo lejos, en la llanura, donde el tequezquite se mezcla con la arena, el espejismo nos hace ver un lago resplandeciente que no tiene mas realidad que los árboles que reflejan sus ilusorias aguas. El calor es sofocante.

A nuestra derecha y hácia el Oriente, se alza el Cofre de Perote, montaña de pórfiro basáltico, coronada con una roca cortada por la naturaleza en forma de cofre ó cosa parecida. Los aztecas lo llamaban *Nauhcampatepetl*, de la palabra *nauhcampa*, que significa cuadro, y *tepetl* montaña. El Cofre mide 4,089 metros, segun Humboldt. Aunque no hay señal de cráter

en su cima, se cree que es un antiguo volcan. El país que lo rodea es generalmente árido, y está cubierto en ciertos puntos de fragmentos de lava y materias vitrificadas ó escorias volcánicas.

Detuvimos en Perote á pernoctar. Situada esta ciudad á poca distancia al Noroeste del Cofre y elevada á 2,354 metros, su clima, al decir de los mejicanos, es como el de la Siberia: el hecho es que el aire pica algo aquí, y que la temperatura media se eleva poco.

La fonda de las diligencias está muy mal instalada; como la mayor parte de las casas de la ciudad, es una construcción baja y maciza. La iglesia, situada en la plaza, que adorna una fuentecita, es muy sencilla.

La única curiosidad del lugar es el castillo, hácia el cual dirigí mis pasos antes de cenar, en compañía de un viajero de la diligencia, deseando ver la prision que se me destinaba. Por desgracia, está á kilómetro y medio de distancia y era ya muy tarde cuando llegamos, para pensar en visitarlo. Es un vasto paralelogramo flanqueado por cuatro bastiones y ceñido por un foso, situado lo mas inhábilmente que puede imaginarse, en medio de una llanura rodeada de alturas. Esta ciudadela es el presidio: encierra, además, un arsenal, un depósito de municiones, una fundición de cañones y una armería. Los prisioneros franceses estaban alojados en las casamatas, lo mismo que los presidiarios, si bien separados unos de otros. La capilla del castillo, guarda las cenizas del emperador Iturbide, fusilado el 19 de julio de 1824 en Padilla de Tamaulipas, á su vuelta de Albion—iba á decir de la isla de Elba:—tal analogía hay en el hecho aparente, aunque sea distinto el resultado. *Non licet omnibus adire Corinthum.*

Las Vigas.—Un camino mal conservado.—Jalapa.—Indios de la Tierra Caliente.—Jarocho.

18 de febrero.—Partimos á las tres. Las Vigas es la primer parada, y el día comienza á apuntar cuando llegamos á este punto.

Es un villorrio pintoresco, cuyas casas construidas con tablas sobre un basamento de piedras, se unen con clavijas de palo, haciendo un efecto original. Creeríase uno trasportado á Suiza, tanto mas, cuanto que la comarca es montuosa, está cortada por barrancos y cubierta de bosques donde domina el pinabete y la encina, y además, la brisa de la mañana es muy fresca en estas alturas.

Una escolta de algunos milicianos de caballería nos sigue desde no sé dónde. La vista de estos cosacos, que envueltos en sus viejas sarapas y montados en mezquinos caballos, trotan al lado del coche, produce al crepúsculo un efecto siniestro. La comarca es de-

sierta, el bosque claro y todo á propósito para una sorpresa.

Comenzamos á bajar la prolongada vertiente que conduce á la Tierra Caliente y á las orillas del golfo. El camino es execrable: en otro tiempo estuvo empedrado, á lo menos en gran parte, desde el villorrio de la Cruz Blanca, entre Perote y las Vigas hasta el pie de la vertiente. Esta obra fue ejecutada á principios de este siglo á espensas del comercio de Vera

Cruz; pero en 1815 los insurgentes lo destruyeron en parte para embarazar los movimientos de las tropas españolas, y despues el mal no se ha reparado, de tal modo que los mejores trozos del camino son hoy sin duda, aquellos en que no existen vestigios de dichos trabajos. Lo demás está casi impracticable.

A alguna distancia de San Miguel el Soldado, la escolta se separó de nosotros. Un viejo sombrero de fieltro negro galoneado de blanco se introdujo en el



Jarocho ó jinete de la Tierra Caliente.

carruaje, una cabeza de bachibozuk se presentó en la portezuela, y una voz recomendó á nuestra generosidad los ángeles custodios de las diligencias nacionales de la República. Algunos reales cayeron en el sombrero: esto es para aquellos pobres diablos, una renta mucho mejor que la paga del gobierno.

Jalapa solo dista 12 leguas de Perote: en ella entramos á las nueve de la mañana, para no salir hasta la caída de la tarde. Por consideracion á la vida de los viajeros, la diligencia solo anda de noche en la Tierra Caliente.

Jalapa conserva su nombre indio, viniendo á ser español: jalapa se llama tambien esa planta célebre por sus virtudes medicinales y originaria de este distrito. Rodeada de colinas y de un asiento irregular, en el seno de una fértil region y de una zona de transicion, á una altura de 1,320 metros que la pone salvo de los miasmas deletéreos de la Tierra Caliente y de la sequedad atmosférica de la alta meseta oriental, esta ciudad tiene un carácter particular. Las nubes que se forman sobre el golfo, no se elevan sobre su nivel; y así le procuran transitoriamente con una



Vista general de Vera Cruz tomada desde el camino de Orizaba.